

>

D

O

S

S

I

E

R

diantes, la labor que podían desarrollar las misiones pedagógicas... Algunas de estas propuestas se harían realidad durante el primer tercio del siglo XX y, especialmente, durante la II República. No en vano Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, dijo en Zaragoza en 1932: “Fuiste, Costa, emisario de nuestro espíritu”. Tal fue la importancia de la educación en la vida de Costa que el Ayuntamiento de Zaragoza decidió que el mejor monumento para recordar a Joaquín Costa en la ciudad sería una escuela: el espléndido Grupo Escolar Joaquín Costa, que abrió sus puertas en 1929.

En *Maestro, escuela y patria (Notas pedagógicas)*, se reúnen con un discutible criterio temático y cronológico algunos de los textos que Costa redactó para libros, artículos, conferencias, etc. El responsable de esta antología fue Tomás Costa, quien

—como se sabe— no siempre fue riguroso a la hora de mostrar una imagen completa y real del pensamiento de su hermano Joaquín. Y esta selección de escritos pedagógicos tampoco es ajena a esta circunstancia. En algunas ocasiones los textos van introducidos por comentarios del editor o se añaden unas notas a pie de página que condicionan la interpretación del lector. A veces los argumentos son tan reiterativos que se convierten en tópicos. Se echan en falta en este libro, desde luego, referencias al contexto educativo y cultural que contribuirían a explicar mejor las propuestas de Costa y tampoco se han incluido algunos textos esenciales que Costa publicó, por ejemplo, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* o las ideas expresadas en los epistolarios que Costa mantuvo con personalidades del mundo de la educación y de la cultura de la época.

1979-1984-1992: COSTA EN SUS CARTAS

JOSÉ-CARLOS MAINER
CATEDRÁTICO DE LITERATURA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Tres son los epistolarios costianos cuyo conocimiento debemos a los desvelos y la sensibilidad de G. J. G. Cheyne: el intercambiado entre Costa y un admirador, el industrial y escritor oscense Manuel Bescós (“Silvio Kossti”) (1979), el que cruzó con su maestro Francisco Giner de los Ríos (1984), fundador de la Institución Libre de Enseñanza, y el que reúne la correspondencia que mantuvo con el ilustre historiador Rafael Altamira (1992).

En cualquiera de los dos últimos está presente la relación de maestro y discípulo entendida al modo en que la promovió la

Institución Libre de Enseñanza y su peculiar ambiente espiritual de su comunidad de esfuerzos; en el fondo, no era muy distinto del que prevaleció en el mundo intelectual laico desde la Ilustración hasta casi anteayer: la aceptación de un magisterio iba más allá de lo académico porque un maestro es guía de la vida toda y modelo ejemplar que se imita. El nada dócil Costa acepta la autoridad de Giner de los Ríos (“usted tiene don de consejo”) cuando le manifiesta sus cuitas amorosas con la hija de un significado carlista a la que pretende en matrimonio, a lo que Giner sabe responder con rara pericia y no poco

sentido común. La mucha admiración de Altamira por Costa no llegaba al culto que se tributaba a Giner, pero la común pertenencia a la Institución Libre de Enseñanza se aprecia hasta en los giros de lenguaje: sus hombres son “los de la casa”, como el grupo de catedráticos afines en Asturias son “los de Oviedo”; la mención de la Institución se hace a menudo por el circunloquio “los del Paseo del Obelisco”, como, en broma, Altamira se define parte de la “cuádruple alianza pedagógica, así nos llaman” al aludir a su frente común con González Posada, Álvarez Buylla y Leopoldo Alas.

La relación con Bescós es de naturaleza política, pero la fidelidad es la misma: en 1901, “Silvio Kossti” ha leído el discurso de Costa, “Crisis política de España”, y le escribe que “aquí tiene usted dos soldados que harán leva” y hasta le sugiere: “¿Si ya es tarde, no convendría ir pensando en la patria chica antes que suenen los crujidos del final de la grande?”. En 1906, cuando se procesa a Costa en plena campaña contra la Ley de Jurisdicciones, el bueno de Bescós le comunica que “he telegrafado al director de dicho diario [*El País*] en los siguientes términos: “Protesto procesamiento gran patriota Joaquín Costa. Renunciaré gustoso nacionalidad española si puedo obtener ciudadanía país extranjero”. Estoy decidido a que ésta de hoy sea mi última ira de español”. Pero, en 1910, todavía pretende embarcar al sufriente Joaquín Costa en un proyecto novelesco común y, en ocasión de un viaje por media España, le da minuciosa cuenta de que “hice ejercicios espirituales en el Liceo escuchando admirado y devoto la *Tetralogía* de Wagner”, visitó el Monasterio de Poblet, la Exposición de Valencia y, en Madrid, fue por Giner y Manuel Bartolomé Cossío recibido en la Institución Libre de Enseñanza... Y estas fuertes impresiones le llevan a pedirle que

“me autorice a visitarle, si es que se siente con vocación y humor para perder una hora de su labor”.

Un epistolario es, sobre todo, un clima de confianza para soñar o para quejarse. Detrás de todas estas cartas están los proyectos, las esperanzas... y también la retórica y el fatalismo que eran consustanciales a Costa. En enero de 1903 resumía para el siempre afectuoso Giner de los Ríos el último tramo de su vida y lo remataba con un homenaje al maestro: “Ha concluido (creo) todo. Hace 20 años (política geográfica), aún veía o creía ver mucho; hace 10, y hace cuatro (Alto Aragón, Zaragoza), algo; hace dos (Ateneo), muy poco, un resplandor de crepúsculo; hoy, nada: cerrado del todo el horizonte: si algo veo es que no existe camino [...]. Vocaciones (esto son nuestros libros) todas estériles, por falta de potencia intelectual y por falta de ambiente. Sólo quedará lo de Vd..., o lo que quede de los Vd. y pedagogos y juristas adjuntos”. Seguramente, Joaquín Costa había llegado a identificar el fracaso de su país con el suyo propio. Al agradecer a Rafael Altamira la bonita dedicatoria que este había impreso al frente de *Cuestiones modernas de historia* (1903), volvía a recordar su vida “más que invertebrada, rota, típicamente irregular, fragmentada y cambiante [...], comprometidas y embargadas las contadas horas y la escasa resistencia física que me queda”.

